



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

V

DIFERENCIAS PSICOLÓGICAS ENTRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

**Por
Aquilino Polaino**

El tema de este ciclo tiene en la actualidad una gran vigencia social. Comenzaré contándoles una anécdota:

En Estados Unidos, las personas que quieren acceder al Catecismo de la Iglesia Católica, tienen que hacerlo en otro idioma (francés, castellano o portugués) porque en inglés aún no está disponible. Y no está disponible porque se ha planteado un debate lingüístico previo: si a Dios se le puede nombrar con el pronombre personal masculino o femenino. Por el momento no ha habido acuerdo. A lo que parece, tampoco se le puede nombrar con el pronombre neutro. Y, mientras que esto no se aclare, no se podrá traducir el Catecismo.

He aquí una anécdota relevante de como está el estado de la cuestión.

En cualquier Universidad norteamericana, hay un respeto exquisito a las minorías. Una de esas minorías son clubes feministas, que

son bastante radicales y combativos, y que desde dos a tres años a esta parte tienen un parangón en los clubes masculinos, que también han surgido. Clubes a los que sólo pertenecen varones para defender lo que consideran como su estatuto masculino.

¿Se puede afirmar que existe hoy una guerra de sexos? Yo pienso que no.

¿Puede, con el tiempo, llegar a haberla, si esto sigue así? Pues quizás, sí. Todavía no está muy enfocado el tema, pero hay indicios de cierto chisporroteo, por el momento, controlable.

Antes de entrar en el tema, quisiera asentar ciertos principios, que considero pueden ser esclarecedores a la hora de plantear esta discusión.

En primer lugar, el principio de que el hombre y la mujer son personas. Esto quiere decir que todo hombre y toda mujer, todo ser viviente humano, se encarna y se modaliza bajo una determinada y muy concreta condición sexual.

Este es un hecho innegable. Hay naturalmente patologías, como los estados intersexuales, el hermafroditismo, el síndrome de Klinefelter, etc. (algunos susceptibles de tratamiento hormonal o quirúrgico y todos ellos necesitados de tratamiento psicológico) en los que, también ahí, el ser humano queda modalizado con una raigambre y morfología sexual concreta.

Por tanto, no hay persona que no haya sido modalizada como varón o como hembra, si exceptuamos los estados patológicos. Y aún éstos tienen un contorno, una impronta, una configuración, en que el sexo constituye un factor determinante. No todo es el género en la persona, pero sí que debe entenderse como un factor determinante.

El hombre y la mujer, insisto, son personas, y son igualmente personas -esto me importa mucho decirlo- de manera que no es más

persona la mujer que el hombre o viceversa. No. En absoluto. Ambos son igualmente personas y la consecuencia de este primer principio es que ambos tienen los mismos derechos y deberes, la misma capacidad jurídica. Por eso, debieran tener -no digo que **de facto** la tengan- las mismas posibilidades sociales y profesionales y... a eso se va, mal que les pese a los machistas.

Y todo esto es justo, pero ¡cuidado! este es un tema muy sensible a los matices.

Está bien que la mujer haya luchado y luche por aquello que es justo y a ello se deben los grandes avances que ha experimentado desde el siglo XIX. Pero al llegar a este final agónico del siglo XX, acaso pueda exagerarse este debate, lo que puede hacer mucho daño, fundamentalmente al hombre, aunque también a sí misma como mujer. Si la mujer continúa con esas actitudes de hostilidad, de desgarramiento en su afán de combatir al varón, debe considerar que, en el fondo, está combatiendo lo más prístino, claro y natural a lo que ella misma propende y por quien se siente atraída. Porque en el fondo, el ser de la mujer es siempre un misterio, en mi opinión más oscuro y opaco que el del varón, aunque ciertamente el hombre también sea un misterio, aunque con otras diferencias.

Esas actitudes femeninas de hostilidad y agresividad sin freno, lo que denota en el fondo es que quiere imitar al varón, que quiere ser como el varón. Pero el ser de la mujer no se resuelve en la mera imitación del varón, ni siquiera en la mejor "clonación" posible de lo masculino.

Por tanto, las imitaciones del varón por parte de la mujer apenas si consiguen otra cosa que falsear, hipotecar, zaherir, desgarrar o arruinar el ser propio de lo femenino. Sería más conveniente que la mujer buscara su identidad en algo que es muy propio de ella: en entrar en sí misma, en profundizar en ella misma. Resultaría contraproducente que saliendo de sí y chocando con otro modo de ser, el masculino, se cuestionara acerca de como ella debe ser. No parece que sean convenientes esos elementos inspiradores, foráneos,

extrapersonales de lo masculino. Es mucho mejor que la mujer se adentre en su intimidad, en el hondón de su propio ser, de su propia hechura y que allí bucee y encuentre luces nuevas para ser la mujer que aspira a ser.

Este es el reto que debieran plantearse las mujeres de hoy. Sería empobrecer que, por este motivo, el ser de la mujer se desnaturalizara. Si se desnaturaliza el ser de la mujer, se desnaturalizará de inmediato lo que es el varón, quebrándose la convivencia entre el varón y la mujer, algo que es muy necesario, además de muy sensible, generando consecuencias desastrosas para todos.

Hombre y mujer son iguales como personas, pero no iguales en todo. Una cosa es que sean iguales como personas y otra cosa es que tengan una idéntica hechura de personalidad.

La igualdad, en tanto que personas, no es sinónimo de igualitarismo, en tanto que personalidades, roles, actitudes, rasgos, funciones psíquicas. Hay entre ellos un hecho diferencial insoslayable, de aquí la violencia antinatural del radicalismo feminista, algo que ante todo violenta la realidad personal. Y siempre que se violenta la naturaleza, todos salimos malparados, pues como reza el dicho popular "Dios perdona siempre, los hombres, a veces, la naturaleza, nunca".

Si se ultraja con esa actitud violenta la naturaleza de la mujer, incurrimos en una injusticia, por la que la naturaleza siempre nos pasa factura, una factura excesivamente cara, como para que pueda satisfacerse.

Como consecuencia de ese hecho diferencial, el ser del varón se nos aparece -he aquí una verdad muy sencilla- como alguien que está proyectado hacia el ser de la mujer. De igual modo, el ser de la mujer comparece como un alguien que está proyectado hacia el ser del varón. Es éste un hecho innegable. De otra parte, este hecho diferencial es universal, algo que no resulta modificado por el tiempo, la raza, la religión o la lengua. Ciertamente que el proyecto de ser persona, sea varón o mujer, no se agota en ese estar proyectado hacia el otro.

La persona humana no se reduce a un mero estar proyectada hacia la persona del sexo opuesto; pero una parte del proyecto de convertirse en persona humana, es estar proyectado hacia la persona del sexo opuesto y con eso hay que contar. Por consiguiente, si el ser del hombre está proyectado hacia el ser de la mujer y el ser de la mujer hacia el ser del hombre, hemos de admitir que se da un hecho diferencial entre ellos, algo que realmente les diferencia. No quisiera entrar aquí en otras patologías, aunque si me descuido, por deformación profesional, acabaría por citar, por ejemplo, a las lesbianas y los homosexuales, lamentablemente en aumento en las últimas décadas.

Recuerdo la ciudad de Washington donde viví el pasado año y especialmente una estación de metro donde tenía que apearme para llegar a casa. Se trata de la estación de "Circus Park", un barrio en que sólo viven homosexuales. Se estima que probablemente vivan allí 50.000. Por las calles no se ven niños ni mujeres, sólo homosexuales.

La abolición de este hecho diferencial, que está ínsito en la naturaleza del hombre y de la mujer, la proyección hacia el otro se había roto en aquel lugar y sociológicamente podía observarse. Se había producido una desnaturalización del ser del varón, es decir, un varón cuyo proyecto -entre otros muchos, pero proyecto al fin vinculante y radical- consistía en estar proyectado hacia otro varón, denaturalizaba su ser hasta el punto de hacer irreconocible su rostro.

Después de veintisiete años como psiquiatra, es difícil que la observación de este hecho me confundiera. Pero en esa observación de lo colectivo uno advierte que allí no hay sociedad, sino un conglomerado social. Lo morboso de aquel paisaje humano es que no se observaba a una persona ante la que se pudiera afirmar "es un ser humano que tiene un problema". La observación de la homosexualidad colectiva hacía emerger una nueva estructura, un conglomerado social "ex novo", en el que se han desvanecido las referencias de lo humano. Lo mismo sucede respecto de las lesbianas.

Algo de esto acontece hoy también en Londres y en otras muchas ciudades europeas. Pero continuemos con la consideración de ese hecho diferencial al que antes me refería, que es precisamente el que se ha abolido en el caso de los homosexuales y el que está más difuminado en la sociedad actual. Este hecho forma parte sustantiva del cañamazo biopsicoantropológico de la persona y cuando se rompe estallan aristas que no son controlables.

Lo que de diferencial tienen el hombre y la mujer es una cierta respectividad del uno hacia la otra, es decir, la referencia mutua entre ellos. El hombre es un ser referido a la mujer, y viceversa. Y ese hecho respectivo supone que ambos están en relación "con" y no "frente a", como sostiene el neo-feminismo, también en alza.

El feminismo radical, como tal, está extinguido o al menos diluido en cuarenta o más movimientos diversos. El hecho diferencial de la respectividad a que me estoy refiriendo, es el del género que apunta a la complementariedad. Esta es la raíz de que uno esté volcado hacia el otro, atraído por el otro con carácter inevitable. Otra cosa muy diferente es que el hombre y la mujer tengan recursos para encauzar, controlar, guiar y conducir racionalmente esa atracción. Eso también es evidente. El rasgo primordial es esa atracción, sin la que se habría extinguido ya la vida humana en el mundo. El hilo conductor de esa respectividad, la meta terminal a la que apunta, es la complementariedad existente entre varón y hembra.

La naturaleza humana es armónica también en este punto y esa mutua atracción se manifiesta diferencialmente en muchas funciones, sosteniendo esa respectividad básica, gracias a la cual ambos ganan y ninguno pierde.

Por eso, cuando se desnaturaliza esa respectividad, surge esa actitud de enfrentamiento, de batalla campal, por cuyo defecto ambos pierden y se desdibuja la complementariedad que debería existir entre ellos.

Tal respectividad anuncia también otra cosa y es que cada uno de ellos, respecto de ciertos sectores de la vida, se manifiestan como lo que son, alguien indigente, necesitado. La mujer necesita del varón, en la misma proporción pero de diversa forma de como el varón necesita de la mujer.

¿Quiere esto decir que el varón o la mujer aislados son imperfectos, no están acabados, están desfinalizados? Pienso que no. De admitirse, se plantearían otros problemas antropológicos y teológicos, que son muy complejos y en los que no puedo entrar aquí, pero hemos de admitir que esa atracción a la vez que manifiesta un estado relativo de necesidad e indigencia, apunta también a algo que es bastante benevolente y felicitario ya que preludia la plenitud de cada uno de ellos, dado que gracias a esa complementariedad mutua, ambos ganan. Esto que estoy diciendo lo sabe todo el mundo aunque es preciso matizarlo al formularlo.

Lo sexual y la condición sexuada

Otra cuestión que también debe ser precisada -aquí sí que habría que hacer una dura crítica, pero no dispongo del tiempo necesario, por lo que sólo trataré de esbozarla- es que la cultura actual ha hecho demasiado énfasis sobre lo sexual y se ha olvidado de la condición sexuada. Lo sexual no es lo sexuado. Lo sexual es un despiece abstraído y sacado del contexto, acaba por mutilar a la persona humana. Hoy se considera a la persona humana bajo la perspectiva unidimensional del sexo y esto es erróneo. No se puede considerar a la persona humana bajo la especie, por ejemplo, de la nariz, porque sencillamente no tiene sentido, sobre todo cuando la nariz no modula la entera personalidad.

Lo sexual, en tanto que condición de género, de persona sexuada, de ser con género, de ser masculino o femenino, sí que modula la entera personalidad. El sexo es solamente una función, pero esa función está al servicio del todo al que configura. Y la configuración que el todo recibe de ella es mayor y de más bajo alcance que la función en sí.

Lo relevante aquí no es que una señorita tenga unos determinados accidentes sexuales secundarios, que además ejercita y pone en acto, encontrando en ello un cierto placer erótico. Eso no es lo importante. Eso es apenas nada en comparación con que esa señorita por ser mujer y no varón, toda su personalidad, todo su ser en el mundo queda configurado como mujer, como alguien distinto que el varón. De aquí que sienta como mujer, perciba como mujer, recuerde como mujer, observe como mujer, conciba su mundo como mujer, dimensiones muy diversas todas ellas del hecho de que tenga un determinado aparato genital -el femenino- que puede además producirle placer en determinadas ocasiones. Esto último sirve para muy poco. En eso consiste la esencia de lo femenino.

Algo similar ocurre con el varón, en el que sus atributos sexuales no son comparables con el hecho de que una persona sea modalizada toda entera en el género masculino, porque percibirá como varón, escribirá como varón, pensará, hablará, razonará como varón y eso no es reductible a su diferenciación sexual. Por eso no tiene ningún sentido el reduccionismo sexual.

En nuestra cultura, ciertos sectores lo único que subrayan con cierta zafiedad, es el comportamiento sexual. En modelos como éstos, la persona humana se pierde, se volatiliza. Porque la conducta sexual está en función de la persona y no al revés. De hecho, el aparato genital apenas si diferencia a una personas de otras.

Por contra, el modo en que se modaliza cada persona en concreto, según su género, sí que es muy diferente y sí que contribuye al pluralismo y enriquecimiento de la sociedad. Esto es lo que en verdad hace que cada uno experimente el mundo como algo propio e irrepetible. Las diferencias sexuales, en cambio, son repetibles, muy repetibles aunque con ciertos matices.

De hecho, si aisláramos los rasgos morfológicos masculinos y femeninos e hiciéramos un museo, no podríamos distinguir a quienes pertenecen. Si, por el contrario, pudiéramos aislar en un museo el modo de pensar o querer de las personas, en tanto que modalizados

como varones y mujeres, observaríamos que son irrepetibles, distinguibles, diferenciables, no confundibles. Esto es lo que importa, no lo otro.

Por tanto, enfatizar sólo lo sexual constituye una ruina de la persona en beneficio de su degradación cósmica, la sustitución de la persona por una de sus conductas, que ni siquiera es la más relevante.

Por último, ese hecho diferencial desempeña otra función también importantísima en la que casi nunca se repara. Se trata del contraste, del encuentro con lo diferente a lo que uno es. El encuentro del hombre con la mujer hace que el primero se descubra a sí mismo a través de temas y contenidos diferenciales que hasta ese momento le habían pasado inadvertidos, precisamente por ser diferentes.

Repáren en esta cosa tan sencilla: el hecho de que sean diferentes el hombre y la mujer, hace que se enriquezca cada uno en su propio conocimiento personal.

Cuando un hombre se pone a hablar con una mujer y escucha el timbre de su voz y analiza después su propia voz, piensa: "Mi voz es distinta de la suya, ¡qué cosa tan curiosa!" Y lo mismo sucede respecto del modo en que habla y construye su discurso o en la comunicación gestual. El conocimiento de lo distinto contribuye -por contraste- a profundizar en el conocimiento personal, en eso que es distintivo y diferencial en lo masculino.

Sucede igual con la mujer. Veamos un ejemplo: Supongamos una mujer que está preocupada de cómo lleva sus zapatos y se encuentra en una reunión con tres varones, de los que uno lleva los zapatos sin limpiar, a otro le falta el tacón y el tercero lleva los zapatos relativamente lustrados. En el fondo, a los tres les importa un bledo sus zapatos; es más, ellos ni perciben que llevan zapatos. La mujer dirá: "Tan preocupada como yo estoy por este tacón que se ha roto un poco y estos tres ni se enteran de que llevan zapatos". Aquí hay un hecho diferencial.

Por contra, el varón puede estar absolutamente preocupado por la política y después de haberse "estudiado" los periódicos del día, todavía no sabe que va a pasar. Por eso está obsesionado y como en otro mundo. Pero ocurre que la cena ya está servida y se encuentra con lo femenino. Y lo femenino es "que hay que dar de cenar a los niños". La política es muy importante. La bolsa es muy importante. Sí, sí, pero la mujer afirma que hay que dar de cenar a los niños y que eso no se puede dejar para mañana: el mundo femenino de lo concreto e inmediato.

Es muy bueno que el hombre se conozca a sí mismo en el contexto de lo femenino y que la mujer se conozca a ella misma en el contexto de lo masculino. Aquí no se da ninguna batalla. Al contrario, ¿cómo se va a dar una batalla si tal diferencia es, precisamente, la luz que nos ilumina para que podamos conocernos cada uno mejor? Hay que estar agradecidos a esas diferencias que complementan. Y ese agradecimiento se manifiesta en el respeto a la persona del sexo contrario, sea varón o mujer. Hay que respetarla porque es el rayo de luz que hace que cada uno se aprehenda a sí mismo como quien es.

El otro no es un enemigo, sino un reactivo gracias al cual cada uno logra conocerse mejor. Por eso, si no se exageran las posturas de enfrentamiento entre lo masculino y lo femenino, la existencia de tales diferencias -complementarias- resulta enriquecedora para ambos, como de hecho lo es.

Diferencias entre lo masculino y lo femenino

Observemos ahora algunas de estas diferencias, unas discutibles, otras no tanto; algunas fundamentadas, otras no.

El primer hecho al que quiero referirme es el que la mujer es un ser más nolístico, que se comporta como un todo, con pretensión de globalidad. Un ser más coherente consigo mismo, que exige más la exclusividad y la armonía en todas sus funciones. Esto puede

observarse en miles de manifestaciones. Aquí me ocuparé sólo de algunas.

La mujer, cuando se da, se da entera. El hombre, cuando se da, se da siempre parcialmente, no en su totalidad. No porque no quiera o porque sea desleal, sino porque no puede.

La mujer se da en su totalidad y esto es fundamental, porque cuando la mujer se cuarteja, se distribuye en su donación, es decir, se da en unos sectores y se hurta a la donación en otros, no funciona.

El hombre puede hurtarse a la donación en ciertos sectores y seguir funcionando en otros; la mujer no.

Veamos un ejemplo. En una oficina cualquiera, un varón puede tener problemas conyugales desde hace más de tres meses y sin embargo sus compañeros no haberse enterado. ¿Por qué? porque el rendimiento en su trabajo sigue siendo el mismo.

Cuando una mujer tiene problemas conyugales, en menos de una semana todos notan que algo le pasa. Su rendimiento baja. He aquí un hecho evidente. No digo que una cosa sea mejor que la otra. Sólo describo lo que sucede, según el ser natural de cada persona.

Cuando a una mujer le va bien la vida matrimonial, puede con todo en la vida profesional. Cuando le va mal en la vida matrimonial, su vida profesional ordinariamente se resiente.

¿Por qué es esto así?. No lo sé. Probablemente tenga que ver con el modo como está organizado su cerebro, su mapa cognitivo que, naturalmente, funciona de modo diferente, sin que esto presuponga nada acerca de que uno sea más listo que la otra. Eso no es verdad.

Sostener esa hipótesis hoy estaría tan fuera de lugar, sería tan obsoleta como tratar de resolver los problemas de tráfico actuales como si estuviéramos en 1890.

Discutir si el cerebro de la mujer es más grande o más pequeño que el del varón, no tiene ningún sentido. Hoy eso no tiene vigencia social porque no dispone de ningún fundamento científico. Los hombres no son más inteligentes que las mujeres; pero sus inteligencias sí que son diferentes.

El modo en que cada uno usa su capacidad intelectual es diverso, porque también están modalizados de forma diversa por el sexo, por el género y de tal forma que pueden entre ellos complementarse.

Ahora en el ámbito de las empresas hay una tremenda confusión. Algunos se empeñan en demostrar que una empresa funciona tanto mejor cuantos menos hombres trabajan en ella. Otros sostienen lo contrario. Pero ni unos ni otros aportan datos y en consecuencia no consiguen demostrarlo. A mí me parece que aquí hay una batalla encubierta, implícita, que no acaba de formularse explícita y abiertamente.

La mujer puede rendir igual que el varón en ciertas cosas, en otras más que el varón y en algunas menos que él. Lo importante es que haya una buena articulación hombre-mujer en el mundo laboral. Por tanto, lo que hay que buscar es la sinergia de las personas; no uno y otro género, sino la sinergia entre ambos. Lo de menos es que sea varón o mujer. Lo que hay que hacer es articular los recursos humanos -respetando sus diferencias- para que aquello genere energía y cree riqueza.

Otro hecho diferencial mal estudiado es **la memoria**. La memoria funciona de forma diferente en la mujer y en el varón. Hay hombres que tienen una memoria prodigiosa. Hay muchos hombres que no tienen memoria.

Hay mujeres que tienen mucha memoria y mujeres que no la tienen. En esto ninguno de ellos es superior al otro. Pero la mayor parte de las mujeres, sea por educación o sea por haberse modalizado su memoria de una reforma particular, según su género, el hecho es que para datos, hechos puntuales y fechas, suelen rendir más que

el varón y muy especialmente si estos datos, hechos y fechas se refieren a personas. Naturalmente, hablo de rendimientos promedios.

La **inteligencia** de la mujer y del varón se comportan también de forma diversa.

La inteligencia femenina queda muy polarizada en su vida cognoscitiva, por las personas; la masculina, en cambio, por las cosas.

En principio, hay que admitir que es más rico el mundo personal que el mundo cósmico, pero es también verdad que en el mundo personal el avance es más difícil, mientras que en el mundo cósmico el avance resulta más fácil. He aquí un aspecto de esa complementariedad entre los géneros.

Esto es lo que sucede en los matrimonios cuando una noche van a cenar a un restaurante y pregunta el varón: "Oye, esa cara me es conocida, ¿quién será?", y la mujer le contesta "ese es Fulano. En el bautizo de... estaba al lado de... que es sobrino de... que se casó con..."

La mujer parece que estructura la información y la codifica más fácilmente alrededor de un eje, que es siempre personal. El hombre, no. El hombre procesa mejor la información que se refiere a las cosas, pero sin formar ese tejido de relación personal, en el que los hechos, acontecimientos y eventos quedan referidos a las personas.

De aquí que para relaciones públicas sean mejores las chicas que los chicos. Las mujeres suelen tener más **habilidades sociales** y eso no es sólo una manifestación de cómo ha sido modelizada su inteligencia, sino que es también una consecuencia de la educación que han recibido.

Una niña de nueve años tiene más habilidades sociales que un chico de la misma edad. Pero es que también la pedagogía diferencial, al menos en los países occidentales, subraya, enfatiza y pone una

mayor atención en la educación social y en las habilidades sociales de la chica que del chico. Por eso, ignoramos por el momento cuál es la última causa responsable de este hecho.

Se puede concluir que hay aquí un hecho diferencial (probablemente de tipo intelectual) y otro hecho adicional (de tipo ambiental y educativo). Es probable que si se modificara este estilo educativo vinculado al género, las diferencias entre el varón y la mujer respecto de este hecho intelectual y cognoscitivo, no fueran tan manifiestas.

Es un hecho bien probado que las chicas tienen **un desarrollo intelectual** más precoz y una mayor competencia lingüística que el varón. El vocabulario, por ejemplo, que emplea una chica de quince años es mucho más amplio que el de un chico de la misma edad.

Es obvio que la inteligencia no es lenguaje, pero sí que tiene un cierto condicionamiento lingüístico. Quizás a causa de esto las chicas expresen mejor sus emociones que los chicos. Pero de esto nos ocuparemos más adelante cuando hablemos de afectividad, que es también otro hecho diferencial.

Conocí en Nueva York en 1980 a una psiquiatra que sólo a través de la observación de la comunicación no verbal (comunicación gestual) de los pacientes, videograbada en una entrevista, podía llegar a establecer, con bastantes probabilidades de acierto, un diagnóstico psiquiátrico. La observación y el análisis de los gestos de los pacientes -sin la audición del sonido- le permitía hacer un informe diagnóstico bastante ajustado a la realidad.

Y es que la mujer dispone de una especial **capacidad para percibir detalles gestuales** que para el varón pasan inadvertidos. Este especial estilo perceptivo de la mujer posiblemente esté relacionado con el hecho de atribuirle a ella una mayor capacidad intuitiva que al varón.

La percepción femenina tiene una gran facilidad para el análisis de lo concreto. **La mujer se orienta en el espacio** un poco mejor que el

varón y esta habilidad constituye un cierto factor de la inteligencia (la inteligencia espacial).

Pero así como para la mujer es más fácil la percepción de lo concreto, para el hombre lo más fácil -hablo naturalmente del hombre promedio- es la percepción de lo abstracto. La capacidad abstractiva es superior en el varón quien con un menor esfuerzo obtiene mejores resultados. Esto no quiere decir, claro está, que no haya también mujeres con una gran facilidad para lo abstracto. Pero, en principio, el hecho de que la inteligencia masculina se haya modalizado así, hace que el hombre sea más capaz de diseñar hipótesis y proyectos de investigación innovadores.

Pero, al mismo tiempo que esta estructura de la inteligencia masculina hace que el hombre puede abstraer rápidamente una cosa, y acometer proyectos de forma innovadora, es posible que no obtenga de ellos todo lo que éstos puedan dar, por el simple hecho de que muy fácilmente salta de una cosa a otra y no capitaliza como debiera la información obtenida.

En cambio, la **estructura cognitiva** de la mujer le permite atesaurizar mejor e inmediatamente la información lograda. El estilo cognitivo femenino es el de una mujer-almacén, que una vez que ha conquistado una cosa, la retiene, la conserva, la relaciona y la sostiene. El hombre, no. El hombre puede descubrir una cosa y a continuación dar un salto y centrarse en otra, sin haber explotado la primera. Y así, entre cosa y cosa, queda en medio el desierto.

Hay, pues, **estilos perceptivos** masculino y femenino bien diferenciados. Lo mismo sucede con las modalidades perceptivas que son también muy diferentes, además de muy variables. Naturalmente estamos tratando con un universo muy amplio de variables, en el que es muy difícil establecer conclusiones, dado además las numerosas diferencias individuales existentes. Pero hay hechos tozudos y obvios a favor de estas diferencias.

A un hombre, por ejemplo, suele pasarle de forma inadvertida, cómo iban vestidas las cinco señoras que conoció en una reunión y sin embargo cualquier mujer que participara en esa reunión, podrá describirnos después con toda exactitud, no sólo cómo iban vestidos los cinco hombres que allí conoció, sino el precio de lo que llevaban puesto. Por el momento, ignoramos si estas diferencias son innatas o culturales y/o educacionales.

Respecto de la **atención** sucede algo parecido. La mujer tiene una atención más constante, más sosegada, disponiendo de una mayor capacidad de concentración para los asuntos humanos, como quien los observa desde la retaguardia. La atención femenina es más fletante y dictante y por consiguiente más globalizante.

El varón, en cambio, tiene una atención fugaz, saltatoria, inquisitiva, sectorial, no globalizante. Un caballero puede estar cinco horas en una cafetería y si se le pregunta al final "¿qué recuerdas de la cafetería donde has estado?" contestaría "Pues sí, había un cuadro en la esquina izquierda muy curioso". Pero probablemente no recuerda ni cómo era la "barra", porque ni siquiera atendió a ella.

¿Por qué sucede esto? Porque la atención masculina es selectiva y puntual. La mujer, por contra, atendió a toda la escena. Por eso puede describir también, aunque quizás no con mucha precisión, el cuadro de la esquina, que tampoco se le ha escapado, pero puede describir muchas más cosas: la moqueta, la "barra", las botellas que había en las estanterías, los sillones, las mesas, etc.

En el ámbito de la **afectividad** las diferencias son aún mayores, aunque tales diferencias dependan de otras muchas variables (tipo de personalidad, introversión, extraversión, etc.) en las que no puedo entrar ahora por no disponer del tiempo necesario. La mujer promedio -hablo siempre de la mujer promedio, que es la que no existe en la realidad; ninguna de ustedes son mujeres promedio- percibe e identifica mejor las emociones que el varón promedio.

Para el estudio de la **percepción de emociones** disponemos de una colección de setenta representaciones de rostros humanos, en los que según ciertos códigos, se ha podido establecer por consenso de los jueces cuál es la emoción que expresan. Si pasamos esta colección a varones y mujeres y les pedimos que nos digan qué emociones representan, las mujeres aciertan mucho más que los hombres.

Esto significa que la mujer dispone de más claves y más exactas que el varón, para codificar e interpretar los gestos faciales que observa y alcanzar a su través un significado. La mujer dispone de más recursos para atinar con el significado de las emociones que se manifiestan en los rostros que observa. Esto es muy importante, porque si uno no acierta a saber cuál es el estado emocional de la persona con la que habla, es muy probable que se equivoque, que cometa errores y que no se adapte al otro.

Los varones cometen más errores que las hembras. Por eso pueden encontrarse con la novia que está con cara de palo y no darse cuenta de nada y en consecuencia no preguntarle: "Oye, ¿qué te pasa? . Te veo rara".

La mujer, en cambio, aunque se encuentre con su novio con su sonrisa más amable, apenas advierte algo que no va -y lo advierte muy pronto- le dice: "Oye, a tí te pasa algo raro hoy". La mujer dispone para esto de un sentido muy especial. ¿Por qué? Tal vez porque codifica la información afectiva de otra manera, porque la procesa de otra forma, porque percibe mejor las manifestaciones de las emociones.

De otro lado, el varón expresa peor las emociones que la mujer. En este punto, el hombre es un desastre. Es posible que esto esté mediado culturalmente. De ser así, lo que habría que hacer es mandar a los jóvenes varones a una escuela de retórica o de arte dramático, para que aprendan a comunicarse y a expresar sus sentimientos, porque no saben expresarlos.

No quisiera entrar en las consecuencias que generan estas diferencias, pero cuando una persona sabe manifestar bien sus sentimientos, tiene más posibilidades de manipular a otro porque basta con que simule una determinada emoción y fácilmente conseguirá el efecto que se propone. Por eso, si el varón no sabe ni siquiera expresar sus sentimientos reales ¿cómo va a simular con fines manipuladores un sentimiento? De aquí que esté en peores condiciones para relacionarse con las mujeres, que haya un cierto agravio comparativo entre ellos y que esa relación entre ambos nunca sea simétrica ni bien contrabalanceada.

Lo mismo cabe afirmar respecto de la **identificación con las emociones ajenas**.

Identificación, no digo ya expresión. Identificarse, es decir, observar una persona que está triste y sentirse triste con ella. Eso es mucho más fácil en lo femenino que en lo masculino y tiene mucho que ver con la simpatía y con ese sentimiento tan arraigado en la persona humana -y tan necesario- que es la compasión. Se diría que la mujer está siempre más cerca de la compasión que el varón.

No sólo se trata de compadecer, de padecer con el otro, sino de hacerse cargo del estado emocional del otro, lo que es tanto como meterse bajo su piel y acertar a comprender por qué se comporta en la forma en que lo hace. Quien se hace cargo del estado emocional del otro, puede comprender al otro. Y la mujer comprende mucho más al varón que el varón a la mujer. Esto es incuestionable, tal y como se advierte en el estudio de las parejas que tienen conflictos.

La mujer tiene una mayor **capacidad para imitar emociones** que el varón. Lo que es también otro importante punto de apoyo para muchos de los roles que representa (sociales, familiares y profesionales) para los que el hombre está peor dotado.

En lo que atañe a la percepción de la vida, la mujer es más realista que el varón. Las mujeres dicen con frecuencia que los varones están locos y en parte tienen razón. Los varones, por su parte, sostienen

también que las mujeres son raras y en parte también tienen razón, porque el misterio de la mujer es más denso que el misterio del varón.

Bajo una cierta perspectiva, es más denso el **misterio** de la mujer que el del hombre; bajo otra, es más denso el misterio del hombre. Por eso habría que matizar lo que se afirma por unos y otras.

La mujer está siempre más en contacto con la vida que el varón. Lo propio de la mujer, diríamos, es asentarse, instalarse en la sustantividad de la vida, en lo que es permanente, en lo que todos los días hay que realizar (cambiarse de camisa, lavar las camisas, hacer la comida, cenar a pesar de que alguien haya muerto, dormir, lavar y vestir al niño, llevarle a la cuna, etc. Estoy poniendo ejemplos domésticos, pero no me importaría poner ejemplos del trabajo en la empresa, como encargar el papel para las fotocopias, recibir una visita o no aplazar demasiado la toma de ciertas decisiones).

El hombre está más en los accidentes y menos en la sustancia. Por eso suele interesarse más por todo lo que acontece, por los sucesos, eventos o ciertos asuntos políticos, poco importa que sean o no fugaces. El hombre es más lector de periódicos que la mujer. La mujer es más lectora de revistas que el varón. Hablo obviamente de promedios. La prensa del corazón tiene más clientela en la mujer que en el varón.

Hay también otro detalle relevante: lo que para la mujer representa el entorno, el **hábitat**. Una casa no es una casa mientras que no la habita una mujer. Mientras que una mujer no entra allí, aquello no funciona del todo. Y eso aunque haya hombres muy apañaditos. Del hombre puede decirse que es un hombre "muy apañado", pero nunca se afirma de él que es un hombre "muy dispuesto". En cambio, lo que se predica de la mujer es que es "muy dispuesta". ¿Cómo o por qué se ha llegado a la fijación de estos tópicos en lengua castellana?

Lo propio de la mujer es ser una mujer con disposición, una mujer dispuesta, que está disponible, una mujer que está para lo que haga falta. Eso es una mujer. El hombre, no. El hombre no está disponible,

no es un ser dispuesto, al menos para todo lo que se refiere al hogar y las tareas domésticas. Acaso por eso no se dice nunca: "¡Qué hombre más dispuesto!" en el uso coloquial del lenguaje. En esa expresión se produce como un trueque lingüístico que hace que no se entienda. En cambio, decir que una mujer es muy dispuesta es algo que lo entiende todo el mundo.

Sin casa no hay persona, porque el ser de la persona precisa del arraigo, del hábitat. Una casa es el refugio, el lugar donde se encuentra el descanso. Y las habilidades para hacer de un edificio un hogar son también distintas en el hombre y la mujer. Probablemente el hombre sea más nómada y funcione más a su aire. Acaso sea más desgarrado y quizás su modo de estar enraizado haya sido modelizado de forma diferente. Por eso también, una casa es siempre más importante para una mujer que para un varón.

Lo que confiere una específica temperalidad a la mujer, lo que hace que sea ella en cierto modo, es tener su propia casa. El hombre puede no tener casa y vivir adaptado, aunque peor adaptado. Una mujer sin casa, en cambio, es siempre una mujer descentrada, alguien que da saltos en el vacío, a tenor de la presión que sobre ella ejercen las circunstancias. Cuando una mujer tiene que cambiar de casa, el precio que se cobra ese salto es el de la depresión. Esto no sucede en el varón y cuando sucede, ocurre en una significativa menor proporción.

Las diferencias entre varón y hembra se agigantan en el ámbito de la sexualidad. Se sienten atraídos uno al otro, pero el modo es distinto, la actitud y la experiencia son diferentes: también aquí hay un hecho diferencial.

En la mujer, **separar la afectividad de la sexualidad**, resulta en la práctica algo casi imposible. En el hombre, en cambio, tal separación es, en la actualidad, casi un hecho real. En el hombre no es infrecuente que la afectividad vaya por un lado y la sexualidad por otro.

¿Por qué en las mujeres es más difícil que en el varón disociar, establecer un divorcio artificial entre sexualidad y afectividad? No sabría responder a este hecho, pero es un hecho tozudo. Incluso la mujer que artificial y forzosamente va separando sexualidad y afectividad, resulta que al final, después de vivir instalada en una sexualidad mecánica y automática, vacía de afectividad, se encuentra frustrada. En el hombre sucede algo parecido, pero lo conlleva mejor. La mujer no soporta el sexo sin afecto, el hombre, sí. En la mujer la satisfacción de la afectividad resulta algo irrenunciable, algo que desde el principio emerge como una necesidad insoslayable. En el varón, esta necesidad surge más tardíamente.

¿Por qué es esto así? Porque en todo el lance de la atracción entre el hombre y la mujer, en esta última es más importante el contacto físico y lo lingüístico, que lo visual. ¿Por qué en la mujer es más importante el contacto físico, el tacto que el ojo? ¿Por qué en el hombre es más importante lo visual que lo táctil y lingüístico? El hombre necesita de la vista y sin ella es muy difícil que se inicie el proceso. La mujer, en cambio, necesita dejarse ver y ser vista, más que ella misma ver al otro. Al hombre no le importa tanto dejarse ver; lo que necesita es ver a la otra. Son hechos diferenciales, que están ahí. La mujer desea ser deseada. El varón no tiene el deseo de ser deseado, sino que sencillamente su deseo se agota en un nuevo desear. La sexualidad femenina es más constante, pero más necesitada de la afectividad, halo imprescindible en el que se acuna y adensa aquélla. En ambos, sin embargo, se puede pasar de la afectividad a la sexualidad y viceversa.

Pero curiosamente en la mujer la afectividad es casi siempre y muy especialmente la vía de entrada y el término al que conduce la conducta sexual. La afectividad está presente y como sosteniendo el recorrido de su comportamiento sexual. La puerta de entrada y la meta a la que llega la sexualidad femenina es principalmente la de la satisfacción afectiva. En cambio, en el hombre, no es exactamente así.

El misterio que envuelve a ambos es también diferente. Lo propio del hombre es estar abismado. Lo propio del hombre es acudir, tender a sentirse atraído por el flujo estimular que hay en su entorno. El hombre es casi siempre atraído por los estímulos, aunque no todos los hombres se comportan del mismo modo. Un hombre muy introvertido puede ser impermeable a los estímulos externos, por tener un mundo interior muy rico. La mujer, en cambio, a pesar de su aparente entrega a los estímulos sociales, continúa estando pendiente de su ensimismamiento personal. La mujer está siempre más volcada hacia adentro que hacia afuera.

Es como si estuviera siempre atenta a sus posibilidades, a las profundidades de su ser. El varón en esto se comporta, las más de las veces, como si no tuviera profundidad. Lo suyo es estar lanzado a la calle, al medio ambiente, a lo que acontece en sus alrededores. No parece sino que su intimidad estuviera fuera de él.

En términos generales, puede afirmarse que el misterio se adensa más en la mujer que en el hombre. La mujer está instalada en el hondón de su intimidad y nunca se sabe del todo lo que hay al final de ese profundo pozo interior, opaco a toda mirada y oculto incluso para sí misma. En el hombre, el pozo interior es caleidoscópico porque alberga más elementos dispares y desordenados que necesitan de una continua recomposición. Por eso mismo, en otro cierto sentido su misterio resulta más complicado.

Con una mujer que no esté en sí misma, que no está asentada en su propia intimidad, resulta imposible la convivencia. Un hombre que no esté en sí mismo también es muy difícil de soportar, porque suele ser un inmaduro, que nunca habla o cuyo discurso es muy monótono y lógicamente hace cundir a su alrededor la desesperación.

Por el contrario, cuando un hombre no está abierto a todo lo que es propio de su vida, a esa especie de intimidad desbordada, que es lo que le hace tener atractivo, que sólo sabe hablar de críticas y de cambios con una imaginación descontrolada, tampoco hay mujer que aguante a su lado. A la mujer lo que le ayuda y le gusta es que le

cuenten cosas. Por eso, en ocasiones, el encantamiento y reencantamiento de la mujer por el varón, depende en buena parte de la competencia lingüística que éste tenga. Si el hombre es sugestivo y sabe contar cosas y las cuenta, la pareja tiene ya mucho ganado.

Recuerdo una chica de la nobleza alemana que tenía un buen pretendiente que la madre se empeñaba en que por fin se decidiera y se casara. Un día, ante los requerimientos de su madre, contestó: "No me caso; he acabado" Y la madre le preguntó: "¿Por qué, hija? La contestación final que dio fue esta: "Porque no sabe contar nada y es como un muermo. Nunca me casaré con un hombre que no sabe ni contar un cuento". Ustedes tal vez se rían, pero es lo que también sucede a muchos de los varones españoles.

Cuando las mujeres se quejan de **incomunicación y soledad**, lo único que les sucede es que no tienen a un hombre que les encante con esa flauta mágica que es contar cosas interesantes, experiencias fascinantes, proyectos cargados de ilusiones.

Me ocuparé ahora de una última diferencia: **la función del hombre y la mujer en el ámbito de lo cultural**.

En este punto hay muchas discrepancias entre los autores. En mi opinión, ambos son necesarios para el progreso de la cultura, aunque sea diferente la función desempeñada por cada uno de ellos. El hombre se comporta como una lanza que va abriendo el futuro, atendiendo al progreso, a lo innovador, a lo que es creativo. El hombre tiene capacidad de iniciativa, de repentizar, de resolver los problemas y como no se encuentra a gusto con nada, salta con harta frecuencia de uno a otro tema. El hombre las coge al vuelo, pero luego enseguida se olvida de ello y le vuelve su espalda: ya no le interesa. Esto es lo que hace, como si dispusiera de muchas opciones para renovar el mundo. Si estudiamos la historia, realmente los avances más importantes en el progreso son masculinos. Pero ¿para qué servirían esos avances si la mujer no viniera después, como una apisonadora, asentándolos, adquiriéndolos, apropiándose los? Si no fuera porque ella conserva y profundiza, el avance sería imposible; dispondríamos

sólo de "saltos" espectaculares que a nada conducen, a pesar de su brillantez. Estaríamos como cometas, saltando de una a otra galaxia, pero sin ningún resultado.

La mujer se comporta de otra forma. La mujer abraza lo que el hombre descubre, se apropia de ello y, al apropiárselo, lo atesora y lo conserva, comunicándose a la siguiente generación para que no empiece en cero. Si sólo hubiera hombres, cada nueva generación empezaría culturalmente donde Adán y Eva.

La mujer es la responsable de que haya tradiciones -que tienen también una función creativa- en el modo de vestir, en el modo de comer, en la educación del gusto, en la estética, en las costumbres, en los usos sociales, en la vigencia social de la conducta humana. Ella es la que archiva y retiene lo que el hombre descubre. Y esa retención que realiza es enormemente valiosa, porque gracias a ella la siguiente generación se incorpora, a través de lo que la mujer ha conservado, a las últimas aportaciones, permitiendo en el varón comenzar una nueva aventura.

Es cierto que el hombre ha abierto nuevos ámbitos culturales, que ha innovado y renovado. De acuerdo. Pero gracias a que ha tenido detrás otra persona que ha guardado y custodiado lo que el hombre innovaba, transmitiéndolo además a la generación siguiente. Si al final echamos cuentas, hay que concluir que el progreso se debe por igual a los dos.

¿No será tal vez más brillante abrir nuevos horizontes que acumular lo descubierto?: Pues tal vez sea más vistoso. No lo sé. Pero en cualquier caso, la fecundidad y el progreso de la raza humana hay que atribuirlo al cincuenta por ciento al hombre y a la mujer.

Y esto es también complementariedad. Por eso sería estúpido que el hombre dijese: "Yo tengo un complejo de inferioridad porque lo que descubro enseguida se me olvida y, en cambio, hay una mujercita que no descubre nada, ni sabe nada, que lo guarda todo". Sería éste un complejo de inferioridad tonto y estúpido.

De igual modo, sería estúpido que la mujer afirmase: "Hay que ver, yo con mi inteligencia no perforo el horizonte ni invento un mundo nuevo; en cambio, el hombre sí. Por eso tengo envidia del varón al que imitaré a ver si me igualo a él".

A lo que parece, el trabajo de la mujer-promedio y del hombre-promedio se articulan mejor en la investigación si adoptan roles y funciones diferentes, estando persuadidos de que las funciones ejercidas por cada uno de ellos son absolutamente imprescindibles e igualmente necesarias. Las comparaciones que son siempre odiosas, son aquí más odiosas y más nefastas.

El día que el varón se dedique a imitar a la mujer para así realizarse mejor a sí mismo, para ser tan valioso como ella, en lo que es propio de la mujer, se bloquearán todas las consultas de los psiquiatras.

Igual acontecerá si la mujer se dedica a imitar al varón para realizar en sí lo que es propio de aquél, para igualarse y competir con él. La solución no está en **competir**, sino en **compartir** entre ellos, en complementarse, a la vez que se respetan mansamente las diferencias existentes entre ellos. Sería mejor que cada uno profundizara en su propia naturaleza, en su ser personal para ser más sí mismo, independientemente de que de ello resulten más o menos diferencias entre ellos. Aquí reside la única opción posible; la imitación recíproca es sólo un callejón sin salida, un fondo de saco propicio a la confusión, en el que ambas identidades pueden resultar arruinadas.

Si la mujer descubre su ser y se comporta como mujer, y el hombre descubre su ser y se conduce de acuerdo con su destino, hombre y mujer harán progresar la historia.

Si, por el contrario, nos dedicamos a la falsificación de la propia naturaleza, a través de la imitación de modelos inapropiados, no habrá progreso, sino destrucción y ruina para el hombre y la mujer y, lo que es peor, confusión y vacío para las nuevas generaciones.